

Imprimir

No se puede hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande destrozando el gobierno. ¿Qué pensar de la confusión de noticias, la retórica revolucionaria, los mensajes de texto de recaudación de fondos llenos de pánico, los indicadores económicos, la caída del mercado de valores y, por supuesto, el discurso del presidente Trump en una sesión conjunta del Congreso el 4 de marzo de 2025? ¿Estamos al borde de un Armagedón socioeconómico? ¿O hay, como dijo una vez la gran Tallulah Bankhead, «menos de lo que parece»?

Dejando a un lado los temas llamados «guerras culturales» y «política exterior», podemos distinguir ocho fuerzas distintas en juego en la economía de Trump. Son (a) la destrucción selectiva de agencias reguladoras específicas, (b) las interrupciones aleatorias de la administración pública federal, (c) el reaganismo anticuado, (d) los aranceles, (e) la migración, (f) la energía, (g) el ejército y (h) el efecto general de una formulación de políticas precipitada e impredecible, también conocida como incertidumbre y caos.

*Destrucción selectiva.* Los primeros días de Trump han visto el fin declarado de la Oficina de Protección Financiera del Consumidor y la Junta Nacional de Relaciones Laborales, golpes paralizantes a la Agencia de Protección Ambiental y el comienzo del desmantelamiento del Departamento de Educación, entre otros. Se trata de organismos reguladores y supervisores a los que se han dirigido específicamente adversarios de hace tiempo, ahora con poder. Su demolición (total o parcial) es un gesto político que debilitará a los trabajadores frente a las empresas, a los consumidores frente a los banqueros y a los ciudadanos frente a los contaminadores. Sin embargo, por sí solos, no tendrán grandes efectos económicos a corto plazo.

A largo plazo, la desregulación sistemática *degradará el* rendimiento económico. No toda la regulación es eficaz. Pero, al margen de sus beneficios sociales y sanitarios, la regulación eficaz sirve a los intereses de las empresas *más avanzadas*, incluidas las manufactureras, al obligar a salir del mercado a las tecnologías antiguas, sucias e inseguras y a los competidores con salarios bajos. El gobierno de Trump, como otros antes que él, está —por desgracia para su propia estrategia declarada— en manos de la rama reaccionaria de la élite

empresarial.

Las *interrupciones arbitrarias* del servicio civil se producen a través de medidas generales como el despido perentorio de empleados en período de prueba, las jubilaciones anticipadas forzadas, el cierre de oficinas y la reducción de personal, sobre todo en el Departamento de Asuntos de los Veteranos, el Servicio de Impuestos Internos, la Administración de la Seguridad Social y otros organismos, como el Servicio Forestal y el Servicio de Parques Nacionales. El efecto es hacer que esas agencias sean menos eficientes en lo que hacen. Si hay una estrategia política detrás de esto, es profundizar la frustración pública con el gobierno federal, creando un bucle de retroalimentación que puede ser explotado más adelante. Con el tiempo, degradar el gobierno federal también degradará el rendimiento económico, fomentando una carrera hacia el fondo a medida que las funciones clave son asumidas, en parte e inadecuadamente, por los gobiernos estatales y locales, o se permite que decaigan y desaparezcan.

El *anticuado reaganismo* reaparece en el presupuesto de Trump: recortar el gasto (sobre todo Medicaid, si es que ocurre) y recortar los impuestos, dejando la defensa intacta. Estas son las medidas de Trump más importantes desde el punto de vista económico, pero su efecto, en comparación con el de Reagan, es dudoso. Medicaid cubre ahora a 90 millones de estadounidenses; el programa es popular, bipartidista y puede ser difícil de recortar. Los recortes de impuestos de Trump son muy regresivos, pero parecen, hasta ahora, ser principalmente extensiones de la ley tributaria actual que de otro modo expiraría. El presupuesto del Pentágono ya es muy alto, lo que no era el caso en 1981. La Reaganomics estimuló una fuerte recuperación de la recesión de 1982, dando a Reagan su auge de reelección. La versión de Trump puede no tener el mismo efecto esta vez.

Los *aranceles* son la medida económica más drástica de Trump, porque quedan a su entera discreción y puede imponerlos o retirarlos a voluntad. En un mundo simple, como el que se describe en los libros de texto de economía, recaerían directamente sobre los consumidores o los productores y, en cualquier caso, fomentarían la sustitución de importaciones a ambos lados del muro arancelario. En el mundo real de las complejas cadenas de suministro y

producción, son muy perjudiciales y podrían acabar con los beneficios de las principales empresas estadounidenses, un hecho en el que parece haber caído en la cuenta, un poco tarde, al equipo de Trump. Así que los aranceles sobre Canadá y México se activaron, se desactivaron y ahora se han vuelto a desactivar, gracias (muy probablemente) a las duras quejas de los fabricantes de automóviles. Con respecto a esos países, nuestros socios comerciales más grandes y cercanos, es posible que el garrote se convierta en una caña floja.

No es así con China, donde la guerra de aranceles está en marcha y China está devolviendo el golpe. Los aranceles estadounidenses sobre China obligarán a las cadenas de suministro de muchos productos chinos a desviarse a otros países asiáticos, lo que supondrá una gran ayuda, por ejemplo, para Vietnam. Los aranceles de China afectarán a los agricultores estadounidenses, que venden una gran parte de su trigo, maíz, arroz y carne a China. Ambas partes se adaptarán. Una consecuencia clave puede estar en los mercados de chips y software de alta gama, ya que EE. UU. está tomando medidas para restringir o cerrar aplicaciones chinas como TikTok, DeepSeek y WeChat, por no mencionar RedNote. ¿Es esta, por casualidad, la agenda de los antiguos oligarcas de libre comercio en el sector tecnológico, que de repente se enfrentan a una competencia superior en su nicho?

Aún no sabemos dónde acabarán los aranceles de Trump; es posible que se establezca un régimen general de aranceles elevados. ¿Qué supondría esto? Precios más altos para los consumidores estadounidenses y mayores beneficios para las empresas protegidas por barreras arancelarias. ¿Devolverá el empleo y la producción a las costas estadounidenses? Probablemente no. El poder de monopolio suele conllevar una producción *más baja* a precios *más altos*; no hay un camino automático de mayores beneficios a la competitividad. Si el gobierno quiere más (y mejor) producción, necesita herramientas adicionales: directivas de inversión obligatorias, impuestos sobre los beneficios excesivos, asignación de créditos y controles de precios, compra pública y propiedad de nuevas fábricas, y sobre todo *una supervisión pública competente* del rendimiento privado. Así se hizo en el New Deal y en la movilización para la Segunda Guerra Mundial, creando la era de dominio estadounidense a la que Trump quisiera volver.

La *política energética de Trump* es «perforar, nena, perforar». En este sentido, Estados Unidos tiene una gran ventaja de costes, especialmente en gas natural, sobre la mayor parte del mundo. Admitamos también que se han exagerado las subvenciones a las energías renovables y a los coches eléctricos. Y pasemos por alto las consecuencias medioambientales, por un momento. ¿Traerá Trump una nueva era de combustibles fósiles baratos y abundantes? Aparte de la propia geología, la perforación depende mucho menos de la desregulación que del precio. Hasta ahora, con Trump, el precio del petróleo está cayendo, al igual que la perforación, que alcanzó su punto máximo en 2023. Barato es posible; ¿barato y *también* abundante, para alimentar una reactivación industrial? Ya veremos.

El *programa militar* de Trump parece tener dos objetivos: aumentar las exportaciones de armas estadounidenses a Europa y reorientar el Pentágono hacia Asia y la defensa antimisiles. Las ventas de equipos a precios excesivos a los europeos ayudarían a los grandes contratistas militares y permitirían al ejército estadounidense cambiar de misión, hacia una guerra mundial con China que, esperemos, nunca llegue a producirse. Cargar a Europa con la responsabilidad financiera y de mano de obra para la confrontación con Rusia sería un desastre para Europa, pero se puede ver cómo encaja en un cálculo estadounidense en términos económicos y militares. Hace tiempo que se necesita un reajuste importante del ejército estadounidense: las bases, los barcos y los aviones son obsoletos y no resistirían un combate serio. Pero hasta ahora, al parecer, Trump parece contento de malgastar recursos reales en un ejército cuyo poder es, en gran medida, ilusorio. Esto también es un obstáculo para la transformación económica que pretende buscar.

Las cifras de *la migración* son importantes en la retórica de Trump, pero solo triviales en su economía. Al ritmo actual de deportaciones (alrededor de mil por día), es poco probable que haya escasez de mano de obra en los servicios de baja calidad que los migrantes realizan actualmente, aunque el miedo puede mantener a muchos alejados de sus trabajos actuales. Aun así, los salarios estadounidenses no se restablecerán por una mera escasez de trabajadores indocumentados.

La *incertidumbre* y el *caos* son los factores finales en la operación de Trump. Los ganadores,

en términos generales, serán los especuladores financieros con dedos rápidos y (especialmente) conocimientos internos. Aquellos en posición de entrar y salir rápidamente de acciones, bonos y bienes raíces, y tal vez incluso entrar y salir del dólar desde una base en criptomonedas, podrían ser los mayores ganadores. Los depredadores financieros y tecnológicos de más alto nivel, que ya están en el pesebre de Trump, podrían acabar controlando toda la economía. Y puede que ese sea su objetivo. Bueno, no es de extrañar: es el mundo de los oligarcas, ¿no?

¿Y qué quieren los oligarcas? Como todos los señores feudales, quieren un poder sin trabas y siervos inseguros y obedientes, y para ello hay que recortar la vasta operación de servicios sociales que es el gobierno federal de EE. UU., junto con las clases profesionales que forman el núcleo moderno del Partido Demócrata. Me vienen a la mente las palabras de Andrew Mellon (recordadas por Herbert Hoover): «Liquiden la mano de obra, liquiden las acciones, liquiden a los agricultores, liquiden los bienes raíces. Purguen la podredumbre del sistema... las personas emprendedoras recogerán los restos de las personas menos competentes». El problema al que se enfrentan los oligarcas, y que posiblemente no entienden, es que no pueden hacer esto, ahora más que nunca, sin llevar la economía a la ruina, de la cual la recuperación solo será posible con el gobierno competente que ahora están trabajando para destruir.

¿Llegarán tan lejos? Por ahora, el déficit presupuestario sigue siendo elevado (alrededor del 6 % del PIB), lo que favorece la actividad económica. Despedir a empleados federales ahorra poco dinero en el gran esquema de la economía. Aparte de los severos recortes de Medicaid, hay poco en los planes de reducción de costos de Trump que pueda reducir mucho los déficits, lo cual es bueno, ya que eso haría bajar el PIB.

Por otro lado, la Reserva Federal mantiene altas las tasas de interés, algo malo que podría estar provocando una recesión incluso ahora, pero dado el fracaso de la Reserva Federal para desacelerar la economía en tres años, es difícil estar seguro. El mercado de valores es nervioso, por decir lo menos. *The New York Times* se ha enterado de una desaceleración y naturalmente culpa a Trump; en el periodismo convencional, la economía y la brujería se

confunden fácilmente.

Aparte de los tipos de interés, quizás el mayor riesgo es el simple hecho de que la expansión se está haciendo vieja. En cualquier momento podría producirse una conmoción: una caída de la bolsa, una crisis financiera, una nueva guerra o una nueva pandemia. Pero una desaceleración general del gasto empresarial y familiar, que no es culpa específica de Trump pero que se ve agravada por el caos y la incertidumbre en Washington, puede ser la mayor amenaza en este momento. Si eso ocurre, la reacción de Trump nos dirá cuánto dolor está dispuesto a permitir su equipo.

A largo plazo, es difícil para un viejo progresista, que luchó contra las fuerzas de la desindustrialización y la financiarización cuando tomaron el control bajo Reagan a principios de los 80, no simpatizar con la visión declarada del viejo que ahora está al mando. Pero una cosa es añorar un pasado desaparecido de ingeniería estadounidense superior, fuerza industrial y destreza tecnológica, y otra muy distinta es crear las condiciones para su resurgimiento. Entregar la economía a libertarios, monopolistas, especuladores y reaccionarios ricos con grandes egos no hará que Estados Unidos vuelva a ser grande.

El cruel y caótico segundo mandato de Donald Trump no ha hecho más que empezar. En su primer mes de vuelta en el cargo, Trump y su lacayo Elon Musk (¿o es al revés?) han demostrado que nada está a salvo de ser sacrificado en el altar del poder y la riqueza sin control.

James K. Galbraith, enseña economía en la Escuela de Asuntos Públicos Lyndon B. Johnson de la Universidad de Texas en Austin. Su nuevo libro, *Entropy Economics: The Living Basis of Value and Production*, escrito en colaboración con Jing Chen, ha sido publicado por la editorial University of Chicago Press.

Fuente:

<https://sinpermiso.info/textos/la-economia-de-trump-y-la-economia-de-estados-unidos>

Foto tomada de:

<https://sinpermiso.info/textos/la-economia-de-trump-y-la-economia-de-estados-unidos>